

**MUSEO NACIONAL
DEL MAL GUSTO**

francisco umbral

TESTIGOS DE ESPAÑA

PLAZA & JANES, S. A. EDITORES

INTRODUCCION

Museo del mal gusto, no porque los otros museos, los oficiales, sean siempre de buen gusto, sino porque hace falta inventariar la vida española —Museo Nacional— y sacar a la luz todo lo que hay en ella de cursi, viejo, camp, kitsch e hipócrita, no sólo en las costumbres, que eso ya se ha venido haciendo «dentro de lo posible», sino también y ante todo en las cosas.

Las cosas, los objetos, los usos, las maneras, porque dice Marcuse que el hombre se reconoce en sus objetos, y si el hombre de hoy se reconoce puerilmente en la nevera y el automóvil, el español de siempre se reconoce o es reconocible en las lámparas amaneradas, los recuerdos de la guerra de Cuba, los marfiles filipinos y el buen porte y los buenos modales que, según las enciclopedias infantiles, abrían puertas principales.

Por otra parte, el poeta no debe dar nunca una idea, sino una cosa, según Francis Ponge, y en lugar de dar una idea de la incuria intelectual, estética e ideológica del país, preferimos

dar unas cuantas cosas, un puñado de cosas, un museo promediado de lo mal que anda todo.

El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada, según el valleinclanesco, iluminado y bohemio Max Estrella. Así pues, hemos deformado un poco la estética de los muebles, las verbenas, los cubiertos y las modas de España, sin llegar al esperpento, pero sin quedarnos, tampoco, en las sonatas, como otros enamorados de las cosas, Azorín por ejemplo. «Psicólogo de las cosas» le llamó Azorín a un gran investigador de objetos. Eso es lo que hemos hecho aquí, en este libro vario y uno; psicologizar un poco las cosas de que se sirve el español —el de arriba y el de abajo, el español medio, el hombre y la mujer—, para, a través de los objetos, psicologizar al usuario y, en definitiva, al país.

Claro que sin mayores pretensiones, por lo menudo y sólo para cepillarle por encima la cacha a una concepción del mundo, a una forma de vida —la española— que en buena medida se está quedando camp.

LA BOLSA DE AGUA CALIENTE

Cada invierno reaparece en el país la bolsa de agua caliente para la cama, cuando la creíamos ya extinguida para siempre, desinflada y lacia. La bolsa de goma para el agua caliente es como un monstruo pequeño e invernal que dormita durante todo el verano y, cuando nos habíamos olvidado definitivamente de su existencia, reaparece en invierno, con los primeros fríos, más gordo que nunca, hinchado de agua y de calor.

La bolsa de agua caliente tiene algo de cetáceo o de pulpo sin brazos, una cosa de monstruo marino cuyo calor le hace aún más indecible. Es como una tortuga sin caparazón o como un inmenso mejillón caliente y palpitante. Sólo un país de grandes solterías y de grandes castidades, como España, ha podido inventar la bolsa de agua caliente, que viene a

sustituir en el lecho toda posible compañía invernal y matrimonial. «Contra lujuria, castidad», dice la réplica de los siete pecados capitales. Contra lujuria, castidad y bolsa de agua caliente, sería la respuesta exacta. Pero la bolsa del agua caliente para la cama no sólo es un recurso contra la soltería, sino que, a nuestro juicio, es un fetiche que crea solteros y solteras.

Lo que hace que haya tantas señoritas solteras y solteronas en el país es la bolsa de agua caliente. A la señorita más agraciada y más vocada al matrimonio, le mete su mamá en la cama una bolsa de agua caliente para los pies, en invierno, y sanseacabó. Ya tenemos soltera para toda la vida. La que se acostumbra a la bolsa de agua caliente, ya no la quiere cambiar por nada, y teme tener que compartirla con un hombre, con un desconocido. Teme, incluso, que el marido le prohíba llevar bolsa de agua caliente a la cama, pues ya se sabe que los maridos españoles lo prohíben casi todo y pueden sentir celos incluso de una bolsa de agua caliente, que compone, con el hombre y la mujer, un extraño triángulo sentimental.

Otro tanto les pasa a los hombres, a esos solterones de toda la vida, y cuando alguien, hombre o mujer, se aficiona en su juventud a la bolsa de agua caliente, ya podemos dar por supuesto que no se va a casar jamás. Porque la bolsa de agua caliente, ese pequeño monstruo rojo e hinchado, es un Otelo invernal que se posesiona de la bella friolera y no quiere compartirla con nadie. Durante el sueño, en la intimidad de la cama, le comunica a la usuaria oscuros sueños de castidad.

Así es como ellas se quedan solteras para toda la vida. España es el país que más cosas ha inventado contra las efusiones del corazón y las liberalidades de la carne. Pero más que todas las morales y toda la retórica de la aus-

teridad, más que el *Kempis* ha podido siempre la bolsa de agua caliente, que es el argumento definitivo contra el matrimonio y contra el amor en general. Los europeos, que son más imaginativos y refinados, han inventado la muñeca de goma, de dimensiones naturales, que es réplica de Brigitte Bardot o de Jane Fonda, y que también se llena de agua templada a la temperatura del cuerpo humano. Pero nosotros nos hemos quedado en la bolsa de goma rojiza, en ese cetáceo color ladrillo que se posesiona del alma de las doncellas en un extraño idilio de la bella y la bestia. La castidad de muchas damas viene reforzada, tanto como por la honra familiar, tanto como por Calderón de la Barca y el director espiritual, por la bolsa de agua caliente, que es un argumento que ellas no dan nunca, pero que está en el fondo de todas sus resistencias.

El frío de los inviernos de la vida, que pone hielo en el corazón y soledad en la carne, lo seguimos combatiendo en España a estas alturas, aunque parezca mentira, con la bolsa de agua caliente, y si somos una reserva moral de Europa, ello se debe en buena medida a que la bolsa de agua caliente nos ha evitado buscar otros remedios menos castos y ortodoxos para la crueldad de nuestros eneros.

Claro que siempre hay un moralista que va más allá en este pueblo de moralistas, y así, un día surgió el asceta al que la bolsa de agua caliente le pareció una cosa blanda, tibia y sensual. Había que inventar algo más austero. Y se inventó el ladrillo caliente, ese ladrillo que se pone a calentar al fuego, se envuelve en una bayeta y se mete en la cama para caldear los pies. Con el ladrillo sí que no caben concupiscencias, diálogos secretos ni historias.

La castidad nacional siempre tiene un más allá, de modo que la gente de bolsa de agua

caliente es una especie de familia sátrapa y licenciosa para la gente de ladrillo. Las jovencitas preocupadas de su castidad todavía están en la bolsa de goma, pero la gente madura, que conoce mejor los peligros de la carne y sus mil traiciones, ha optado por el ladrillo, que ofrece más seguridades y asperezas. A los del ladrillo les parece que eso de la bolsa es una cosa de ateos concupiscentes, de izquierdistas sin temor de Dios. El celibato es una larga tarea y después de la bolsa de goma viene el ladrillo, como en el yoga y en el zen hay sucesivos grados hasta llegar a la abstención y la perfección absolutas. Otros recursos ingeniados por la honestidad nacional han sido, a través del tiempo, el darle una pasada al brasero por la cama, antes de acostarse, o el pasar la plancha por las sábanas, que se suelen poner amarillas de plancharlas sin lavar. También está la botella de agua caliente, con el peligro de que suele abrirse. Pero las botellas no están exentas de sospechas —entre otras cosas por ese peligro de que se abran y mojen la cama—, y los legitimistas de la austeridad hispánica se pronuncian decididamente por la bolsa o el ladrillo. A una vieja señora de mi familia, que murió virgen, le pusimos entre las manos, ya de cuerpo presente, su bolsa de agua caliente, para que subiera con ella al cielo, pues había sido el instrumento de su salvación. Tanto como el cilicio que usaba, o más.

Z
II

Ya la palabra es de mal gusto, es espúrea, y parece que nació en los años veinte como mera falta de ortografía, como pronunciación equivocada de otra palabra. Ahora ya no se dice sicalipsis, pero nuestro sentido de lo erótico y de lo pornográfico sigue siendo sicalíptico.

Cuando una cosa anda por ahí, flotante, sin definirse, acaba por crear su propia palabra, su propio nombre, para encarnar verbalmente. Así, el rijosismo nacional, que tuvo una apoteosis de males sagrados y neosalvarsán, de pulgas atrevidas y novela verde, estaba necesitando la palabra que definiera todo eso, que lo reuniera para siempre, y que había de ser una palabra nueva y torpe, porque todas las anteriores ya no servían. Entonces nació «sicalipsis».

Bien, la palabra ya apenas se usa, como digo, pero la sicalipsis nacional sigue siendo una realidad sociológica incuestionable. Sicalipsis es, a saber, la versión española del erotismo europeo, la variante nacional de la pornografía internacional. ¿Qué es erotismo y qué es pornografía? Yo creo que esto, como casi todo, es una cuestión económica. El erotismo se convierte en pornografía cuando hay dinero de por medio, cuando se cobra.

La sicalipsis nacional no es erotismo ni pornografía, sino todo lo contrario. Es lo verde, lo

picante, lo atrevidillo, lo fuerte, lo subido de tono, todas esas cosas que dice nuestra burguesía para expresar que está un tanto verriondilla. Si el erotismo europeo podemos encarnarlo en una sueca alta y delgada, en una francesa fragante que se tapa sólo con un libro, en una inglesa que va en bicicleta vestida sólo con unos guantes de manopla, el erotismo español es otra cosa.

El erotismo español ha de ser una señorita gorda con cara de hija de la portera, una dama subnormal de expresión absolutamente cretinizante que nos muestra un muslo de jamón con una liga barroca. Reparemos en que no existe el modelo de desnudo nacional. La americana es deportiva, la inglesa es aséptica, la alemana es varonil, la suiza es succulenta, pero la española se ha quedado en las cajas de cerillas de antes de la guerra, en una mezcla de la Chelito y la *Maja* de Goya. De hecho, siempre hemos pensado que la *Maja* desnuda de Goya es la Chelito, que posó para el pintor después de hacer el número de la pulga. Luego, los rojos dijeron que la *Maja* desnuda era la duquesa de Alba, para meterse con la aristocracia.

Si una señorita española quiere quedar bien en esa clase de fotos, ha de procurar parecer sueca o finlandesa. Si parece española no vale. El tipo nacional dio mucho juego cuando la novela verde y los males sagrados, pero hoy nos hacen reír aquellas esposas gordas y liberales, aquellas coristas jamonas que venían en el *Estampa*. Lo que jamás España puede aportar a la neopornografía que hoy invade el mundo es la sicalipsis y la señorita sicalíptica, o sea, una mujerona de armas tomar, con una hoja de parra por delante y un liguero de colores patrióticos.

Quien haya frecuentado un poco a las damas del alba pecadora, siquiera sea con propó-

sitos exclusivamente sociológicos o literarios, sabe que todas son muy de derechas, tienen a su niña natural en las monjas, llevan piadosos recuerdos encima y siempre portan alguna vela en los grandes entierros nacionales. Suelen llorar de patriotismo cuando pasa la música. Con estos elementos metafísicos, comprenderán ustedes que no se puede llegar al erotismo evolucionado, laico e higiénico de los europeos.

Una española que posa ligera de ropa es siempre una mujer arrepentida, forzada, una señora que se ha quitado algo para lavarlo, un ama de casa que se muda. Y no estamos hablando, naturalmente, de la manera sencilla y evolucionada que han tenido las españolas de ahora mismo de ponerse el bikini o la minifalda, sino del erotismo profesional, del arte de la pornografía, arte equívoco que no deja de tener sus implicaciones sociológicas y nacionales. Sólo los alemanes pueden hermanarnos en mal gusto cuando meten a una señorita desabrigada en una gran copa de cerveza y la retratan por detrás, con la anatomía deformada por la óptica del grueso cristal de la copa.

La sicalipsis española, cuando se sublima, da a Julio Romero de Torres. Goya no pintó mujeres desnudas, sino mujeres que se habían quitado la ropa, y esto es distinto. Todavía en los monumentos públicos, este país tan pudendo coloca señoritas glúteas en vaciado de hierro, cuando Henry Moore, Giacometti y tantos otros han encontrado la fórmula moderna, abstracta o figurativa, de la monumentalidad sin anatomías elefantiásicas.

Se decía que un desnudo de Renoir estaba logrado cuando apetecía darle una palmada. Las fuerzas vivas de las localidades españolas que inauguran monumentos públicos, deben apetecer terriblemente darle una palmada al Ahorro, la Hacienda, la Agricultura, la Virtud o la Elec-

tricidad, que siempre se representan mediante el modelado de una amiga gorda del artista. En la era del erotismo y el porno-shop, los españoles no hemos superado la sicalipsis de nuestros padres. «Desengañese usted —me decía un escéptico entre dos generaciones—; nosotros no nacimos del amor de nuestros padres, de su deseo o su pasión. Nosotros nacimos de la sicalipsis.»

EL BIGOTILLO

El bigotillo español de postguerra fue una reminiscencia del mostacho mosquetero del Señor Capitán de los Tercios de Flandes, porque se trataba por entonces de volver a sentirse un poco o un mucho señor capitán, e incluso, si posible fuera, se trataba de volver a Flandes. Aquellos bigotitos recortados, negros y valientes de los años cuarenta, los hemos visto envejecer en los despachos, los antedespachos, las salas, las antesalas, las cámaras y las recáma-

ras, las secretarías, las subsecretarías y las vicesecretarías.

«El tiempo subió sus hilos a tu pelo», dice el poema de Neruda. El tiempo subió sus hilos de plata al bigotillo negro de aquellos héroes de postguerra, leva de semidiosos que el cine, con su poder de plasticidad y síntesis, resumió en el bigote legionario de Alfredo Mayo. Si en España llegásemos a confeccionar un Museo Nacional del Mal Gusto, algo así como el museo *camp* que tienen los ingleses, una pieza fundamental de este museo debería ser el bigotillo de los años cuarenta, que ya casi nadie se deja, pero que perdura en aquella generación, entreverado de plata y nicotina.

Antes de eso estuvo de moda en el mundo el bigote de mosca de Charlot y de Hitler, que también era un bigote de mal gusto y que en Charlot suponía una especie de autohumillación. No hay que buscar afinidades entre Hitler y Charlot, porque parece que no las hay, aparte del bigote, que sólo es una afinidad postiza, pues postizo era el bigote de Charlot. Al bigotillo español de postguerra no se le ha buscado la genealogía, que sepamos, pero hay que convenir en que, como se dice más arriba, es una alusión discreta y heroica al mostacho mosquetero de los españoles del Imperio.

Este bigotillo legionario, que quedaba ajustado en los ex combatientes y en los actores de «Cifesa», ha sobrevivido en el héroe gentil cuando se convirtió en señor obeso, en el jefe de sección que es hoy, en el digno representante de la Administración. Pasado el tiempo, caídos los ideales, cumplida la Historia, conquistado un puesto al sol de los días o a la sombra de las oficinas, lo único que resta de aquel hombre es el bigotillo, ese cepillito que le hizo cosquillas a la primera novia, a la madrina de guerra.

Porque se ha dicho que las células del cuer-

po humano se renuevan totalmente cada diez años, pero ningún científico ha estudiado la cuestión de cada cuánto tiempo se renueva el bigote. Y, por otra parte, cuando el maduro de hoy reniega del valiente de ayer, o llora por él ante el espejo del baño, y decide afeitarse el bigote, es como si la navaja barbera (aquella generación todavía usa navaja barbera), fuese a consumir la traición definitiva, la ruptura con el pasado, el desenlace de las últimas fidelidades y la mano en otro tiempo firme y viril se torna mano temblorosa de Carlota Corday amenazando de muerte a aquel Marat a la inversa, que también Marat murió en el baño, donde al parecer mueren siempre los revolucionarios sin suerte.

Julián Marías, que es un filósofo sin bigote, ha estudiado en su «Antropología metafísica» cómo nos condiciona nuestra nariz y nuestra cara, y asimismo puede estudiarse cómo nos condiciona nuestro bigote de modo que cuando un hombre, sin fe ya en los ideales de su juventud, sin esperanza y sin caridad permanece fiel a esos ideales y a esa juventud, sin saber por qué, a lo que permanece fiel, en realidad, inconscientemente, es al bigote, al bigotillo, y así, un escritor de los años cincuenta pudo decir esta frase que bien valdría como emblema generacional:

—Vive uno pendiente del bigotito.

Exactamente, hay o ha habido varias generaciones de españoles que viven o han vivido pendientes del bigotito, fieles al bigotito, sin saberlo, y que cuando creían estarse sacrificando por la Historia, por el Hombre, por el Futuro o por el Triunfo, se estaban sacrificando, realmente, por el bigotito, por la justificación, la supervivencia y la peluquería del bigotito. Todos nos debemos más o menos a un bigotito o a un pelo ondulado, a un fetiche rubio o moreno de nues-

tra propia juventud, al que le somos fieles ya para siempre, oscuramente y sin advertirlo, porque el hombre suele pararse hacia los treinta años de su vida y todo lo que viene después es repetición, mimetismo, automimetismo, monotonía, un leer los mismos libros, un escribir los mismos libros, decir las mismas cosas, amar a las mismas mujeres en mujeres diferentes y saludar a las mismas banderas en banderas nuevas o viejas.

Por eso, una de las claves de la dignidad en la madurez está en cómo haya sido la juventud, pues si uno va a ser inevitablemente fiel a lo que ha sido, a su pasado, conviene haber tenido un pasado hermoso o, cuando menos, digno. Alguien dijo que a partir de los cuarenta años todo hombre es responsable de su rostro. Efectivamente, a los cuarenta años, y aún antes, todo hombre es responsable de su bigotillo, y el bigotillo español y beligerante que todavía vemos en muchos señores del país es un bigotillo del que ellos se han responsabilizado, es un bigotillo asumido que sigue propagando y defendiendo los ideales de juventud. El hombre que se decide a afeitarse el bigotillo se ha afeitado media vida y ese día sale a la calle sin pasado, con las raíces al aire.

La apotesosis, la caricatura y la glorificación del bigotillo de postguerra la ha obrado Salvador Dalí con su bigote de largas guías, que viene a ser una exageración disparatada del mostacho español de todos los tiempos. Ese bigote de espadachín loco que luce Dalí es la prolongación geométrica y natural de muchos otros bigotes nacionales. Salvador Dalí, pintor de derechas, ha llevado a sus últimas consecuencias muchos tics de la raza, como la verborrea sin sentido, el manierismo monjil en la pintura y los bigotes de Don Juan.

Después del bigotillo de los años cuarenta

vino una juventud rasurada, o sea, indiferente, apolítica, y por fin ha llegado una generación frondosa, barbuda, mostachuda, melenuda, que supera el apoliticismo capilar de los rasurados años cincuenta y sesenta y viene a borrar el trazo fino del bigotillo con la pilosidad selvática de unos rostros que están entre Nietzsche, Marx, Allen Ginsberg y Valle-Inclán. El conflicto generacional es en verdad un conflicto capilar y todos los días se enfrenta en la vida española la barba adolescente con el bigotillo de postguerra. «Mi ética es mi estética», dijo André Gide. Y si no es cierto que toda ética nazca de una estética previa, sí lo es que toda ética necesita una estética en la que encarnarse, un excipiente folklórico, exterior y propagandístico. Eso que hoy se llama una imagen pública. Entre la faz rasurada de la tecnocracia aséptica, desideologizada, y la frondosidad intelectual de los jóvenes, nos encontramos de vez en cuando, como una reminiscencia, como un susto, como una reliquia, como una viñeta anacrónica, con el belicoso y beligerante bigotillo español de postguerra.

LOS ZAPATOS DE REJILLA

Los zapatos de rejilla, esos zapatos que cuadruculan los pies, son calzado de un pueblo que va o iba mucho a pie, andadura de aquellos españoles que se pasaban los veranos calientes paseando por los caminos duros y polvorientos de la España mesetaria. El pueblo español ha sido el más peatón del mundo y, cuando nos cansamos de zapatear el Imperio, nos quedó la inercia de los pies y seguimos yendo a todas partes a golpe de zapatilla.

LA SUERTE

La gran metafísica del español es la suerte. El español es providencialista y un poco castrón. Para nosotros, el trabajo, la paciencia, el estudio, no son sino rodeos que se dan para llegar a tener suerte, maneras de ir entreteniendo el tiempo mientras la suerte llega, ensalms con los que se conjura y reclama la buena suerte.

El dinero que uno hace trabajando no tiene gracia. Lo que tiene gracia es el dinero de la lotería, de las quinielas o del tío de América. Primeramente confiamos en la suerte porque trabajar no nos gusta demasiado. Pero no es todo holgazanería. Hay, también, una concepción providencialista del Universo, un estar en

el mundo completamente azaroso. No somos los españoles nada existencialistas, contra lo que se ha dicho, y no creemos que el propio destino se lo haga uno y que la vida sea una opción. Lo más que puede hacerse uno, con estudio y paciencia, es oficial de negociado, empleado de Aduanas. Pero hacerse una fortuna, hacerse una vida, eso es cosa de la suerte.

Hablamos mucho en España del milagro alemán y del milagro italiano, porque al trabajo de los demás lo llamamos milagro. No admite nuestro pueblo que los alemanes y los italianos hayan trabajado como cosacos de la guerra para acá, sino que se han hecho ricos y fuertes de milagro, por milagro. No sólo no nos gusta trabajar, sino que nos sabe a poco el dinero trabajado. Es muy español el chiste del que no podía mover un armario de sitio y se quejaba. Vino otro, empujó y se lo movió. Y decía el del armario:

—Claro, empujando; así, cualquiera.

Empujando no tiene gracia, porque lo que nos gusta es que los armarios se muevan solos. Trabajando no tiene gracia. La gracia, para nosotros, está en la suerte, y a los suertudos de la lotería les llamamos «agraciados».

Este fanatismo del español por la suerte ha dado lugar a toda una mitología menor que va del décimo de la lotería que ha lucrado la magia de pasar por la chepa de un amigo al sortilegio de hacer las quinielas con un cubilete de dados, la consagración de doña Manolita, la famosa lotera madrileña, y todo ese cuento que nos traemos con los números, el pagar doble un capicúa que va a tocar o el huir de los números terminados en trece.

Somos incorregibles. Del hombre que ha trabajado toda su vida para hacer una fortuna, decimos que ha tenido mucha suerte. Y al que verdaderamente envidiamos es al que ha here-

dado de un pariente desconocido, al que ha acertado las quinielas sin saber de fútbol, al que ha ganado a la lotería jugando una sola vez en la vida. Porque le exigimos a la suerte el «más difícil todavía» del circo, y cuantos más datos inverosímiles se acumulen en la casualidad, más prestigio tiene para nosotros la fortuna.

Si la quiniela le cae a don Pedro Escartín, don Pedro empieza a resultarnos un poco borde, porque sabiendo tanto de fútbol no hay derecho a hacer quinielas. Lo que gusta, en España, es que la quiniela le caiga a un pastor analfabeto o a una criada que pronuncia «fútbol». Nos seduce lo inverosímil, como a los niños, porque la verdad es que somos muy niños. Y como la suerte se complace en darnos la razón, la lotería le toca todos los años, por Navidad, a un panadero que nunca había jugado a la lotería.

En España está prohibido el juego de azar a ciertos niveles, como ustedes saben, pero nuestro pueblo no echa de menos esos juegos, pues allí donde intervienen unos naipes, una mecánica, un reglamento, una ruleta, una matemática, parece que hay ya mucha tramoya, mucha ciencia, y lo que a nosotros nos gusta es la suerte a secas, «niña errática y desnuda», como la primavera modernista.

Cuando en España ha habido grandes ruletas, grandes casinos de juego, quienes iban a ellos eran los ricos, y no sólo por razones económicas, sino porque, con un crupier de intermediario entre la suerte y el pueblo, el pueblo se aburre. El pueblo no quiere intermediarios. El pueblo quiere echarse a dormir y que venga a visitarle la niña desnuda e insensata que es la suerte, con los ojos vendados y un cuerno de la abundancia, como los que se ven a veces en el Rastro, entre los brazos.

No hay que hablar de las implicaciones reli-

giosas que a veces le ponemos a la suerte, contra toda ortodoxia. Cuando los gobernantes que han entendido a este pueblo quisieron galvanizarle, siempre le han hablado en providencialista, siempre le han presentado a España como un país elegido por la suerte o por Dios. Parece que somos igualmente favorecidos por la Teología y por la Lotería. Esto corresponde, naturalmente, a una educación irracionalista y a una visión de la Historia a través de la lupa providencialista. La trivialización callejera del alto providencialismo de nuestras figuras históricas es la fe en el décimo que va a tocar, en el cupón de los ciegos, en las quinielas e incluso en el mus. El tema de la suerte concomita con el de la superstición, que ya hemos tratado otras veces. El español, en el fondo, es supersticioso por holgazán, pues en el fondo de toda superstición, lo que hay es una holgazanería. Creer en la actividad mágica de los hados, es una manera de evitar toda actividad práctica personal. Pensar que el destino se mueve sólo es una manera de no tener que moverse. Para no arrimar el hombro, nada como autoconvencerse de que quien tiene que arrimarlo es la Fortuna.

La metafísica de la suerte tiene una estética que suele ser de mal gusto, una estética menor con la ilustración alegórica de los décimos de lotería, una mitología de matronas gordas, cuernos de la abundancia, angelitos con los ojos vendados y pasteleros en su horno con la participación o la quiniela premiadas.

LAS EXÓTICAS

Nos gustan casi todas las mujeres, menos las exóticas. Las exóticas se dan en todas partes, naturalmente, pero la exótica a la española es una especie muy determinada y digna de estudio. No hay que confundir, en principio, a la exótica con la vamp, con la mujer fatal ni con la elegante. La exótica es otra cosa, aunque quizá participe de todo eso.

La exótica usa boquillas para fumar, se pone turbantes, lleva siempre modelos de ropa un tanto complicados, con frunces, colas, crucejillas, escotes en pico y guantes de manopla. No siempre lleva todas estas cosas al mismo tiempo la exótica, sino que un día son los guantes largos, otro día la boquilla, otro día el turbante, otro, los zapatos altos y pasados de moda. Y así.

Claro que también tiene la exótica sus días frenéticos de ponérselo todo y entonces es como un híbrido de Mata-Hari y Reina de Saba, o de Greta Garbo y Golda Meir. La exótica suele ser mujer solitaria, generalmente viuda de varios aventureros que prefirieron entregarse a las fauces de un caimán a seguir siendo los esposos de la exótica del barrio. La exótica no es anacrónica, no puede decirse que vaya ni deje de ir a la moda, no está atrasada ni adelantada con respecto del tiempo y de las costumbres. Sencillamente, no está o está en otra cosa. No procede por depuración natural de los usos y las costumbres, sino por acumulación barroca, y varias épocas conviven así sobre ella: la sombrilla del XIX, las manoplas de los años veinte, los turbantes de los años cuarenta, el ombligo al aire de ahora mismo y los zapatos de Luis XV.

La exótica es siempre una barroca, una exagerada, entre orientalista y actriz de «Cifesa», y cada vez van quedando menos exóticas, lo que hace a esta ave mucho más rara y valiosa. Hay que estudiarla.

Imagino que la exótica es traficante en artículos de piel o en tabaco rubio. Imagino, si no conozco su vida, que se entrega a alguna especie de contrabando menor, más por hacer aventura que por ganar dinero, aunque luego resulta, en cuanto investigamos un poco en su vida, que la exótica vive con una madre viuda y pasa los veranos en un balneario.

Nunca se sabe. Si usted se fija un poco, por la calle o en los hoteles, en seguida encontrará una exótica, zancuda solitaria que quiere parecer una mujer de mundo, una mujer internacional, «una aventurera», que se decía antes, pero que a lo mejor cobra de clases pasivas. La exótica lleva una melena caoba, muy gloriosa, o un turbante que le oculta completamente el pelo. La exótica usa gafas negras, ojos verdes, boca muy pintada, una muela de oro, cigarrillos rubios, escotes complicados, telas estampadas, laca de uñas color de loto, pendientes orientales y medias con costura.

Hay exóticas adolescentes y exóticas en la decrepitud. En puridad, la exótica no tiene años, no tiene edad, está fuera del tiempo y del espacio, lee periódicos atrasados. No es un problema de años, de lugar de residencia ni de clase social. La exótica se da en las mejores familias, y también en las peores. Se nace exótica y ya está. Como se nace señora imponente o cabcita loca.

La exótica lo es desde la menarquia y nunca ha llevado las cintas azules de la adolescencia, sino que desde muy niña empezó a usar turbantes, pamelas antiguas y relojes de oro. Morirá exótica, con velitos por la cara, sobre las

grandes gafas negras, con chales sobre los abrigos de piel, porque lo que caracteriza a la exótica es un cierto dandismo femenino, acumulativo, ropavejero.

Comienza el verano y vemos a la exótica en la piscina o en la playa. Las exóticas incurables están en el paseo que bordea el agua, muy puestas de guantes y chales, como si su cuerpo tuviera más misterio que los demás cuerpos y no hubiese que destaparlos nunca. La exótica evolucionada se pone en bikini, siempre unos bikinis complicados y cleopátricos, pero nunca se baña, sino que se cambia de turbante, pasea por la piscina con pendientes de noche, lleva los tacones muy altos, las uñas de los pies muy pintadas y diversos aros por los brazos y las piernas.

Se aburre mucho, la pobre exótica, empeñada en su exotismo. Ahora que la mujer ha conseguido la libertad de su cuerpo, el aire y el sol para el oro de su piel, el agua para su alegría, para la risa de su femineidad, ahora la exótica sigue pendiente de sus andares, sus tacones y el *rimmel* de sus ojos. La exótica, claro, es una cursi.

No ha descubierto que la gloria del desnudo es la sencillez. Que los cuerpos en bikini se redimen por la naturalidad, por el olvido, por haber conquistado, con la caída de los tabúes, eso que Nietzsche llamaría «una segunda inocencia». La exótica, no. La exótica, narcisista y amanerada, vive pendiente de sí, tenga la edad que tenga y se pasea por la piscina municipal como una Reina de Saba de provincias, con bañadores rameados, un bronceado falso, collares y sortijas, muy pendiente de sus lacas, sus *rouges* y sus abundancias. Así no hay manera. La exótica está en la piscina o en la playa como en la pasarela de una revista. Vemos a las mujeres en el agua y fuera del agua, rientes y libres, líricas y sencillas, mojadas y niñas, y allá

queda, al fondo, solitaria y dramática, pueril, la exótica, prisionera de sus dijes, lacas, rímeles y tacones, prisionera de su exotismo de bazar. Siendo la más sola, es la menos libre.

LA REVISTA